

que, sin duda, quería poner en antecedentes á su madre, como era natural.

—Oye, telefonéame urgente al Congresillo, que allí estoy esperando la contestación... No tardes.

José estaba ya *jirviendo* por torear la corrida.

El telefonema tardó un ratito en llegar. José no podía estarse quieto.

—¡Este Rafael es más pesao!...

Al fin llegó el papelito.

—Bueno, Julián, ya sabéis ustedes. Manolo, tráeme unos toros de Colmenar. Sobresaliente el *Algeteño*. Precios los de una corrida de abono, ¿eh?

—Ya estábamos en eso.

—Y hay que decirle al público que yo no hago esto por presumir. Á ver cómo lo arregláis.

Al otro día apareció en los sitios de costumbre un cartel anunciando que el 3 DE JULIO de 1914 el espada José Gómez, *Gallito*, estoquearía seis toros de la ganadería de los herederos de D. Vicente Martínez, de Colmenar Viejo, "fiado, más que en sus méritos, en la benevolencia del público, y á petición de varios aficionados".

Lo mismo, salvo la última parte, que hizo poner *Lagartijo* en el cartel de su alternativa.

V

3 de Julio.

Nadie dudó del éxito. Desde que José pisó por primera vez la plaza de Madrid, era convencimiento de la mayoría de los aficionados que nada le faltaba por saber al niño, que parecía haber nacido con todo el toreo aprendido.

Cuando se vistió por primera vez de luces en Jerez de la Frontera, mientras los otros muchachos tuvieron las naturales vacilaciones, á él no se le vió dudar un momento. No decía sólo la gente: "¡Lo que torea este niño!" sino "¡Lo que sabe este crío!"

Poco tiempo después de su regreso de Lisboa los niños sevillanos, hicieron su *debut* en Cádiz. Como auxiliador de la cuadrilla actuó el novillero *Aqualimpia*. Cuando salió Jose-

lito á matar, fuese al toro con la muleta en la izquierda, y *Aguallmpia* le advirtió:

—¡José, con la derecha!

Y *Gallito* se volvió á él y le dijo con esa seriedad suya, que no da lugar á réplica:

—Hágame usted el favor de callarse, que yo sé lo que me hago—y se lió á dar naturales que hicieron temblar la plaza.

Después, cuando se perfiló para matar á uno de los becerros, alguien le gritó desde el callejón:

—En la suerte contraria, José.

—No—contestó el chiquillo;—yo los mato en la suerte natural; donde hay que ir á buscarlos.

El resultado de esta otra corrida no ofrecía duda ninguna á los aficionados, porque como no era la primera vez que acometía la hazaña, no iban á probarle sino á satisfacer una curiosidad y á darse el gusto de presenciar cómo cerraba con broche de oro su brillantísima temporada madrileña que no hubiesen querido ver algunos.

Llevaría uno ó dos años toreando cuando mató su primer corrida solo. Fué también en Cádiz. Estaban anunciados él y *Limeño*, pero éste se puso enfermo repentinamente, casi á la hora de coger el tren, y para que la Empresa

no sufriese el natural quebranto, viéndose en el caso de suspender la corrida, prestóse Joselito á despachar él solo los seis, que no podemos llamar becerros, porque, según los testigos presenciales que nos dan la referencia, D. Felipe Salas envió una novilladita que mató seis ó siete caballos.

En aquella función salió por primera vez con Joselito el enorme banderillerazo madrileño y estupendo peón Luis Suárez *Magritas*.

Con siete estocadas y un pinchazo se deshizo *Gallito* de sus seis enemigos; banderilleó á tres; hizo todos los quites porque no había sobresaliente, y aunque lo hubiera, y cuando llegó á la fonda todavía estaba pidiendo guerra.

—¡Y si me echan otros seis me lió con ellos!

Después, que yo recuerde ahora, toreó una novillada solo, en que se le dió regularmente, en Sevilla; luego se mató los seis veraguas de Zaragoza por cesión de Gaona el año pasado, y pocos días después los siete Guadalest de Valencia, y es posible que se me quede en el tintero alguna otra corrida de esta clase.

Nadie dudó del éxito redondo que tendría Joselito el 3 de Julio, y si alguna tarde fué el público á la plaza seguro de salir contento y

divertido, fué ésta. Lo cual, si era muy halagüeño para *Gallito*, era un tanto peligroso, porque obligaba á más y podía ocasionar un mayor disgusto al público y al torero, si las cosas no se daban tan bien como se pensaba.

No hace falta decir que, aunque sin apariencias, los adversarios iban con las suyas en el cuerpo, y bien lo probaron luego algunos rabiosos pititos que sonaron en el primer toro, con la misma razón que pueden sonar cualquier día al caer la bola del reloj de la Puerta del Sol, y la indignación con que determinados aficionados hicieron á José, al banderillero más grande que se ha conocido, que dejase las banderillas que había tomado para divertirnos en el segundo toro.

Como en las más sonadas solemnidades del toreo, los billetes para ésta anduvieron por las nubes... para que tampoco les cupiese duda á los que aseguraban al comenzar la temporada que quien llenaba la plaza era el otro. La víspera se vendieron en los despachos todas las localidades que permite el Reglamento. Apenas abiertas las taquillas á la mañana siguiente, apareció en ellas el cartelito "No hay billetes". De toda España vinieron aficionados á presenciar la fiesta.

Y estábamos en Julio, concluída ya la tem-

porada, apretando de firme el calor y con la afición arruinada por la serie inacabable de festejos taurinos del año.

Los aguacuentos y entierraalegrías procuraban estropearnos anticipadamente la tarde recordándonos la larga serie de fracasos experimentados por casi todos los toreros que en la plenitud de sus facultades y en el apogeo de su gloria se habían sometido á la dura prueba:

Lagartijo la había intentado varias veces y nunca había tenido una tarde completa, y más bien pudieran calificarse benévolamente todas de medianas. *Frascuero*, aparte el famoso 26 de Mayo, en que despachó los seis Veraguas en una hora y veintiséis minutos, no tuvo la misma suerte en todas las varias corridas que toreó solo, pues aunque en alguna sus partidarios le aplaudieron á rabiar, no fueron todo rosas y alegría. *Guerrita* tampoco anduvo muy afortunado cuando hizo la misma prueba. Estuvo magnífico en dos toros, pero en total la corrida resultó pesadita. Ni el *Bomba* ni *Machaco*, conociendo las dificultades del suceso, quisieron pasarlas. Gaona tuvo un fracaso sonadísimo. De los toreros actuales, únicamente el *Chico de la Blusa* había tenido una gran tarde, cuando en su mejor año realizó la hombrada en la plaza de Madrid.

Ganas de perder el tiempo. En esta comitiva de alegría las plañideras hacían un mal papel.

Ya hacía tiempo que, salvo los que no pueden decorosamente enmendarse porque han soltado demasiadas prendas, el resto de la afición y el revisterismo imparcial, con *Don Modesto* á la cabeza, había reconocido en José lo que sólo los ciegos pueden negar. Un día *Don Modesto* llamó á Joselito, EL AMO. Otro dijo que llevaba empalmados dentro de su cuerpo tres *Guerritas* y un *Lagartijo* en la cabeza, y la afición imparcial convino en que tenía razón.

Ahí le tenéis demostrándolo esta tarde, su gran tarde, en medio de la plaza, solito con el toro.

Pedid las condiciones que queráis á un torero, y *Gallito* os dará larga prueba de poseerlas.

¿Gustáis, sobre todas las cosas, del orden en la lidia? Pues bien; en esta corrida no hubo un solo momento de confusión, de desorden, de lío. Ni una sola vez, ni un solo segundo, fué la lidia al revés; ni por casualidad ó descuido dió un peón un capotazo de más. Una vez que uno quiso hacerlo sin mandato de Joselito, éste le mandó abstenerse... Todo cuanto allí se hizo, fué razonado, necesario. No se molestó á los

toros con pasadas y carreras; ningún peón se permitió bregar con las dos manos; ni casi bregó nadie más que el gran *Blanquet* y el inteligente y torero *Cantimplas*.

Los que proclamaban como el *non plus ultra* del toreo á un muchacho porque daba unos lances y dos pases, ¿cómo se olvidaron, cómo no supieron ver que el que viene á regenerar el toreo en el aspecto del orden y la seriedad en la lidia, el que viene á enseñar cómo se lidian y cómo se deben lidiar los toros, el que viene á hacer una afición inteligente es Joselito?

¿No es esto mucho más que todo lo otro?

El día 3 DE JULIO DE 1914, pudieron aprender más los aficionados que en muchos años de ver toros. Los que creen que se puede adquirir la nota de inteligente leyendo los abstrusos tratados taurinos dedicados á poner oscuro lo que está bien claro, y los que andan buscando un modo de entender pronto de toros, tienen en Joselito el mejor manual. Basta verle cómo lleva la lidia para salir de la plaza sabiendo tanto como muchos de los que se llaman profesores.

¿Gusta más á otros ver á un torero enterado, seguro y dominador de los toros? Pues en Joselito lo tiene siempre y lo tuvo más este

día. Nada de lo que hizo fué fiado á la casualidad. Un amigo mío, hombre muy observador, viendo una vez á Joselito pasarse la mano por la frente como cansado, advirtió que era muy natural que le doliese la cabeza.

—Porque —agregó— se está viendo que toda su labor de esta tarde es obra de discurso.

¿Sois por ventura de los que vais á la plaza á divertirlos, aunque rabien esos aficionados serios que confunden las corridas con los duelos en que se está temiendo que le pidan á uno dinero? Pues en esta tarde NO HUBO UN SOLO MOMENTO DE ABURRIMIENTO, circunstancia que fué la que con mayor admiración cotizó el público. Para los aficionados á los lances de capa, Joselito hizo alarde de una variedad de toreo como sólo hay otro torero que la tenga: Rafael. Toreó por verónicas muy bien. Dió unos recortes capote al brazo que no los mejoraría, ni puede que igualase el tercero, el propio Antonio Reverte. Fué de lo más perfecto y emocionante que hizo. No es posible relatar la diversidad de quites que se le vieron. Banderilleó en todos los estilos, hasta á la media vuelta, en todos los terrenos y siempre pronto y siempre superiormente. Uno de los pares fué tan magnífico, que se agitaron muchos pañuelos pidiendo la oreja, no para que se la die-

sen, sino como la forma más expresiva de toda la entusiasta aprobación que merecía.

Para los partidarios de la emoción hubo unas faenas de muleta apretadas y valientes que más no cabe. Hubo además en ellas totería y alegría á qué quieres boca.

Una vez permaneció tanto tiempo agarrado á un cuerno, que en el tendido le gritaron:

—¿Te estás haciendo un retrato de exposición?

Á todos los toros fué solo, los toreó solo y los mató solo. Del grupo que formaba con el toro hasta donde estaban los peones, había 17.000 cornadas de tiempo. Una vez por arriarse demasiado, salió un toro con él en la cabeza, y antes que á defenderse, atendió *Gallito* á que nadie metiera un capote y le afeara la labor.

—¡Quietos! ¡No moverse!—les gritaba rabioso, corriendo encunado, á los peones que se disponían á hacerle el quite.

Cuando salió á matar á otro de los toros, el quinto, que fué el más difícil y para mi gusto con el que hizo la faena de más mérito, ordenó á *Cantimplas* que se lo llevase á las tablas. Á las tablas, esto es donde más pesan los toros y de donde procuran sacarlos en cuanto pueden los matadores.

Á cada toro lo toreó en un estilo diferente, dándole la faena que necesitaba.

Viósele además muy decidido al matar, como de costumbre. En la muerte de los seis primeros toros empleó justos, cronometrados, veinte minutos, y hay que advertir que la corrida no pecó de brava; que sólo un toro fué verdaderamente manejable, y que al concluir se quejaba el muchacho de no haber podido recibir á ninguno, como era su deseo.

En el sexto toro, cuando debía estar rendido, hizo algo, un alarde de buen lidiador, de gran lidiador, que hasta entonces no se había visto ni lo realizara ningún torero, y fué el despedir antes de la salida del toro á todos los peones y quedarse solo con Blanquet, que, como va dicho, había bregado tan colosalmente, que obtuvo su consagración de peón máximo en esta corrida. Durante la lidia de este toro hubo un momento en el tercio de banderillas, en que estuvieron solos, absolutamente solos, en el ruedo el toro y José. Dando una prueba de buen compañero y para que Blanquet acrecentara la ovación que estaba recibiendo, le hizo banderillar con él á este toro, preparándosele José como peón.

Y por contera y á petición del público lidió un toro más, un sobrero de Martínez, que salió

un *malage*, y al que tuvo que estoquear en tablas de toriles, empleando en ello cinco minutos. Duró la corrida siete cuartos de hora justos desde que salieron los alguacillos á hacer el despejo. El ruido de las ovaciones, que empezaron en el primer quite y acabaron en el Hotel al regresar el torero, ya las habrán oído ustedes, aunque habiten en el Cantón Grande de La Coruña ó en el Rinconcito de Medick. El público se pasó toda la tarde aplaudiendo y no abandonó sus localidades hasta después que cayó el último toro y se llevaron á *Gallito* en hombros por la puerta de Madrid y en posesión de las orejas cuarta y quinta en esta plaza, pues esta tarde cortó dos... y eso que por las alturas presidenciales no había amigos ni simpatía.

De la frescura y tranquilidad con que estuvo *Gallito* durante la corrida da idea el hecho de estar bromeando toda la tarde con los amigos. Con uno de los socios del Congresillo llevaba hace días la broma de que le iba á brindar un toro para que le regalase una espléndida cadena de reloj, de cuero, que le había costado al "interfecto" su buena peseta y sus cuantas bromas de los guasones de la tertulia. Cuando tocaron á matar el quinto toro, el guasón de más dificultades, el que mandó que le llevasen á las tablas, al darle su mozo el estoque, dijo

dirigiéndose al de la cadena, que se sienta en el tendido 1:

—Juanito, voy á por la cadena. La ruina. Se va usted á tener que gastar otros seis riales.

Así son los toreros, es decir, así es este torero. Valiente, sereno, ansioso de palmas. Que cuando una tarde le toca matar en Madrid un toro difícil de Miura ó Palha que llevaba á la gente de cabeza, y su mozo de estoques, “asustaito” del todo, se equivoca y le da temblando una espada que no debe, él se echa á reír y les dice á los amigos que están en el burladero inmediato:

—¿Pero no habéis visto ustedes cómo tiembla este valiente? Ni que lo fueses á matar tú... ¡Anda, sal á torearlo!—y al marcharse le hace una mueca de burla.—¡Juye, Caracó, que viene el toro!...

Y se va tan tranquilo hacia la fiera, gritando imperativo á sus peones, según costumbre:

—¡Fuera gentel

Como los viejos. Como los buenos.

En uno de los telefonemas que yo envié la tarde grande de Joselito á mi amigo Rafael, le preguntaba á su madre asombrado ante el saber y la torería del chiquillo: “¿Pero de qué es este crío, Gabriela?”.

—¡Bravo! Y desde ahora—torna á decir satisfecho el lector impaciente de marras—no hay más que *Gallos*. Acabó la pelea ¡Kikirikil

—¡Chist! ¿Qué se iba á concluir, inocente? Todavía hubo revisteros que habilidosamente no dieron la impresión exacta, ó toda la impresión de lo que en la plaza había sucedido. Hubo quien, entre otras muchas cosas, que sería larguito de contar, al hablar de los emocionantísimos recortes capote al brazo que pusieron á todo el público en pie (como suena), dijo: “Recorta MUY ACEPTABLEMENTE, y al tercer lance le toca el toro en la espalda y pasamos inmediatamente á otra cosa.” ¿No se ve á Joselito toreando regularcillamente y pasando todo apurado y medrosico á otra cosa?

Pues todavía no quedó aquí. Hubo revisiteros que se comieron, como si fuera un suceso sin importancia, el hecho, que acaecía por primera vez, de quedarse un torero solo con un peón para lidiar un toro.

Y ¿para qué cansar más con la relación detallada de pequeñeces y habilidades? ¿Á que no adivina usted lo que ha hecho el diablo Belmontista falto de carne, al revés que su otro correligionario, porque ya es sabido que los *Gallos* le tienen sometido á ayuno forzoso con abstinencia de carne de ave de corral?

Pues se ha cortado las uñas, el rabo y los demás aparatos de asustar y se ha metido fraile. Y ahora, los que ayer mismo mojaban sus plumas admirables y ricas en las tintas más chillonas para cantar á Belmonte; los que entrevistaron á Juanito veinte veces; los que contaban complacidos y minuciosos lo que el torero comía y bebía y las veces que estornudaba; los que alborotaban los cafés y las redacciones asegurando que Belmonte era esto, lo otro y lo de más allá, andan por ahí tronando contra la barbarie de la fiesta, predicando la guerra santa contra el flamenquismo, precisamente ahora que no hay flamencos, y singularmente contra la notoriedad de los dos toreros que los han derrotado y que ellos más que nadie contribuyeron con sus exageraciones á exaltar.

¡Tilal! ¡Tilal!

Todavía tenía Joselito que concluir de majar á sus enemigos borrando con su sangre la leyenda de su toreo ventajista y sin exposición que ya había destruído con cien faenas valientes en todas las plazas de España.

"Jerío" está en Barcelona por el toro *Coletero*, de Pérez de la Concha, "¡que ya ha tenido

que estudiar un rato para echarle manol" según "Demetrio".

Se recreó al entrarle á matar después de una faena herinosísima, y en la camita está consumiéndose de impaciencia, deseando que suene de nuevo la hora para volver á vestirse de luces...

Los grandes toreros caen muy pocas veces, pero cuando los tocan los toros es de veras y para un rato.

Gajes del oficio.

Así fué como los *Gallos* vencieron á sus rivales y triunfaron de sus enemigos.

Á semejanza de Wagner, sobre el montón de críticas sangrientas, injurias, burlas, caricaturas é informaciones equivocadas, levantaron los *Gallos* el pedestal de su gloria, y al fin de la batalla, tras tanto pelear, andan ahora los que antes los negaron buscando categorías excelsas que conferirles. Y pareciéndole poco á *Don Modesto* para Joselito el irrespetuoso papado taurino que antes discernió á *Bombita*, le ha buscado una nueva y superior categoría, y al día siguiente de la corrida grande ungió á *Gallito* con el óleo de su pluma galana Papa-Rey.

¡A *Gallito*!

¿Pero qué significa eso?

¿Qué es el título sin las obras?

Sin los hechos gloriosos que perpetuaron su memoria ¿quién se acuerda de Fulano 47, Mengano 111, ó Perengáñez 2.015?

¿Hay en cambio un rincón apartado de la tierra donde se ignore á Miguel Angel, á don Diego, á D. Francisco ó á Leonardo?

La categoría no es la que confieren los demás, sino la que se labra el propio artista.

Y los *Gallitos* son los *Gallitos*.

La dignificación, la elevación, la exaltación del toreo bello. La barbarie, la repugnancia de la fiesta de emoción y belleza, borrada por el arte.

¡¡Rafael!!

¡¡Gallito!!

¡KIKIRIKÍ!

¡¡KIKIRIKÍ!!

¡¡¡KIKIRIKÍ!!!

Madrid. 25 Junio-17 Julio 914.

INDICE

PARTE PRIMERA

El divino Rafael.

	<u>Páginas</u>
I.—Que está antes del segundo.....	7
II.—Toreo de calle.....	11
III.— <i>Machaquito</i> ó el corazón.....	23
IV.—El tapón.....	33
V.—El salto del tapón.....	53
VI.—¡El <i>Gallo</i> , no!.....	69
VII.—¡¡El <i>Gallo</i> , sí!!.....	93
VIII.—El Capitolio, La Roca Tarpeya y el trono de Júpiter.....	111
IX.—¡¡¡Ey, Carballeira!!!.....	135
X.—La semana trágica.....	143
XI.—¡¡¡Rafael!!!.....	157